



De la historia de Rusia

Seguimos leyendo el diario que llevaba M. Maurice Paléologue, embajador de Francia en Rusia durante la caída de los zares, y que viene publicándolo—ya es lo dijimos—en la «Revue des Deux Mondes». Lectura edificantísima en estos días del ocaso de un régimen en España!

En el número de dicha revista del 1.º de mayo hallamos, entre otras cosas, el relato de una entrevista que sir Jorge Buchanan, el embajador de la Gran Bretaña, celebró con el desdichado último zar de Rusia el día 13 de enero de 1917. El relato se escribió al día siguiente de la entrevista.

Sir Buchanan le hizo presente al zar las graves aprensiones que la situación interior de Rusia inspiraban al rey y al Gobierno británicos, y le pidió permiso para explicarse con franqueza. El zar, sin mandarle sentarse, le respondió secamente: «Os oigo.» Entonces sir Buchanan—siempre según el relato de Paléologue—le habló del estado interior de Rusia y no temió denunciarle las intrigas que los agentes alemanes tramaban en derredor de la emperatriz, de la zarina.

«El emperador—cuenta Paléologue—, rígido y frío, no rompió el silencio más que para formular dos objeciones. He aquí la primera: «Me dice usted, señor embajador, que debo merecer la confianza de mi pueblo; pero ¿no es más bien mi pueblo quien debe merecer mi confianza?» He aquí la segunda: «Parece que usted cree que se me aconseja la elección de mis ministros, y se engaña usted; los escojo yo solo...» Después de lo cual puso fin a la audiencia con estas sencillas palabras: «Le doy las gracias, señor embajador», y agregó Paléologue: «En el fondo, el emperador no ha hecho más que expresar la pura doctrina del autocrático, en virtud de la cual ocupa el trono. Toda la cuestión es saber cuánto tiempo permanecerá aún en el trono en virtud de esa doctrina.» (Y esto se escribía el 13 de enero de 1917.)

¡Pobre Nicolás! ¿Quién le había engañado hasta hacerle creer que era el pueblo ruso, el que llamaba «mi pueblo», el que debía ganar su confianza, y no él la del pueblo? ¿Qué idea tenía de la confianza el último monarca absoluto de Rusia? Es posible que el pobre creyese que seguían adorándole los mujiks y que los revolucionarios eran cuatro gatos descontentadizos y desharrapados. Hasta tal punto estaba cegado. Sobre todo por su mujer fatal. Que siempre hay para un pobre hombre—¿hombre?— así una mujer fatal. Que puede ser esposa, o querida, o hija, o hermana, o ma, o madre. La mujer fatal de Nicolás fué su mujer, la zarina, la hechizada por Raspoutine.

Con fecha 11 de enero apuntaba Paléologue lo que se habló en un almuerzo en casa de la gran duquesa María Pavlovna. La cual, lamentando la si-

tuación interior de Rusia, decía: «¿Qué hacer? Salvo «aquella» de quien viene todo el mal, nadie tiene acción sobre el emperador. Desde hace quince días nos esforzamos todos en procurar demostrarle que pierde a la dinastía, que pierde a Rusia, que su reino, que podría haber sido glorioso, va a terminar en una catástrofe. No quiere oír nada. ¡Es trágico!... Vamos, sin embargo, a intentar un paso colectivo de la familia imperial. Es de lo que ha venido a hablarme el gran duque Nicolás.»

¡La mujer fatal! Con este título escribió el máximo novelista portugués—y acaso ibérico—Camilo Castelo Branco una novela. Pero la mujer fatal de Camilo era la mujer carnal, y su fatalidad lo era del orden sensual. ¡Mientras que hay otras fatalidades!... Femeninas también.

El pobre Nicolás, dominado por la mujer fatal, que en este caso era su esposa, una alemana entregada a prácticas supersticiosas, no quería que se creyese que no escogía por sí mismo sus consejeros. Es lo propio de naturalezas así. Les molesta que se les sepa bajo una captación ajena. Y a las veces hacen cosas para dar a entender que no están sometidos a esa captación y con ellas lo confirman aún más. Hasta es fácil que el pobre Nicolás quisiera sacudirse de la fatalidad de su mujer fatal—que en su caso era su esposa—, pero no lo lograba. No era el pobre zar hombre de voluntad propia. Y es la más lamentable tragedia la de un hombre sin voluntad ni criterio propios, teniendo que hacer o queriendo hacer de soberano absoluto.

Durante la gran guerra, los hilos de la política zarista en Rusia los manejó la mujer fatal de Nicolás. Mujer entregada a prácticas supersticiosas e imbuida de los principios tradicionalistas sobre la soberanía imperial. Y mujer que impidió que el zar llegase a merecer la confianza de su pueblo. Cosa que, por lo demás, ignoraba el pobre soberano. ¡Es tan difícil que un soberano llegue a saber la verdadera impresión que produce a su pueblo!

¡Pobre Nicolás! ¡Queriendo gobernar a su pueblo, cuando no sabía guiarse, gobernarse a sí mismo, y creyendo acaso obrar por sí mismo, por propio sentido e impulso, cuando obedecía a sugerencias de su mujer fatal!

Es conveniente de vez en cuando, volver los ojos a historias pasadas de otros pueblos aunque sólo sea para apartarlos de nuestra actual tristísima historia española, la de la diferida Gran Campaña Social y la de esa guerra de Marruecos bajo la protección de Santiago Matamoros, cuya imagen se ha puesto, con una torpeza que indica cuán incapacitados estamos para la acción civil y el protectorado, en una iglesia de Nador.

Miguel de UNAMUNO



VNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDO.S.UA.LES